

2° COLOQUIO INTERNACIONAL LA NOVELA CORTA EN MÉXICO 1922-2012

*Mesa 5. “La novela corta de entre siglos (1990-2010)”
Miércoles 14 de noviembre, 18:30 horas*

LA CONDICIÓN POLIMÓRFICA DEL DESEO EN LA NOVELA CORTA DE ANA CLAVEL

MARICRUZ CASTRO RICALDE
Tecnológico de Monterrey, campus Toluca

Las violetas son flores del deseo de Ana Clavel (2007) obtuvo en 2005 el Premio Juan Rulfo de novela corta 2005 de Radio Francia Internacional. El título predice el deseo como tópico central y se desarrolla en una trama sobre la atracción del narrador Julián Mercader hacia su pubescente hija Violeta. En las siguientes líneas exploraré las consecuencias del deseo como transgresión de lo normalizado culturalmente, eje temático de varias de las obras de esta autora como *Los deseos y su sombra* (2000), *Cuerpo Náufrago* (2005) y *A la sombra de los deseos en flor* (2008).

En *Las violetas* [...], Mercader es consciente de las múltiples sanciones que pesan sobre él, sea por el apetito físico experimentado hacia Violeta sea por la producción de un sucedáneo calmante de su ansiedad, las muñecas con las que intenta saciar su deseo. El narrador es hostigado por los sentimientos de culpa, el ostracismo de su cuñada Isabel, la lejanía y posterior cuestionamiento de su hija, los sentimientos de persecución y la amenaza sobre su vida por parte de una hermandad secreta. Es evidente que en cada episodio laten

las pulsiones de vida y de muerte, en una permanente confrontación entre Eros y Tánatos. Sin embargo, la seducción ejercida por este texto descansa en su constante y pluriforme ambigüedad al manifestarse tanto en el nivel del relato como en el de lo relatado.

Mercader dirige su carga libidinosa hacia un objeto distinto de sí mismo. De acuerdo con la explicación freudiana, los instintos autoeróticos primordiales son trascendidos al elegir un objeto externo al yo (1972: 2019-2025). En este sentido, él da rienda suelta a una pulsión de conservación que entra en conflicto con la represión de sus deseos en el momento en que entra en el juego social del tabú del incesto. Debe, por tanto, ocultar (no siempre con éxito) el verdadero objeto de su deseo enmascarándolo en las muñecas que fabrica. El problema es que éstas también son conflictivas para los vigilantes de la moral, “la multitud innumerable de las personas del medio social”, a decir de Freud (1972: 2030). ¿Hasta qué punto Julián Mercader busca ser castigado?, ¿en qué medida alienta un deseo culposo cuya expiación provoca en él un goce similar? Sólo así cobra sentido la creación de objetos sexuales que pasen de un uso personal a uno público a sabiendas de que satisfacen fantasías censuradas socialmente; que les imponga el mismo nombre de su hija; que se deje convencer por Klaus y exponga en un foro internacional a sus muñecas adolescentes; que las comercialice y se empeñe en acercarlas lo más posible al estereotipo de lo femenino pubescente.

Así el narrador transgrede otra frontera –la de lo animado y lo inanimado; el sujeto y el objeto – al despojar a las muñecas de su condición de meros juguetes y hacer todo lo posible por transformarlos en jóvenes flexibles y agradables al tacto, que sangran, emanan olor y temperatura, pueden ser violadas cuantas veces se quiera pues el himen puede ser resarcido. Si bien es clara la existencia de una pasión incestuosa, el deseo de Mercader va más allá del cuerpo de su hija debido a que éste podría ser sustituido por las muñecas: “[...]”

una a otra las Violetas se perfeccionaban: cada vez se acercaban más al original” (Clavel, 2007: 94).¹ Tampoco se satisfaría si el acto sexual no hubiera violencia de por medio: “la ropa en jirones, la cabeza doblegada” (95). Por ejemplo, en una de las tres muñecas reservadas para sí mismo cumple la fantasía del sometimiento y la tortura: “atada, amordazada, aun desconyuntada [...] desnuda e incompleta en medio del naufragio [...] me aproximaba a ella y le decía al oído [...]: ‘Despierta ya, vamos a empezar otra vez mi rebelde Clavel’” (98). En consecuencia, el deseo hacia Violeta presenta simultáneamente una doble cara, la de la vida y la de la muerte. De ello él está consciente, cuando anuda la imagen de Bellmer, la de la muñeca dislocada, inocente y obscena, con la de su hija bajo la ducha: “Justo ahí la vida, la muerte, los principios, el bien y el mal se anulan” (64).

Son escasos si no es que nulos los acontecimientos de su pasado que cuenta con un tono de regocijo.² Clavel, por lo tanto, inserta su novela en la tradición de textos sustentados en la destrucción, la desgarradura, el desbordamiento. El texto da pie, por lo menos, a dos lecturas irritantes. Una más que la otra. La primera es la más explorada: El padre construye las Violetas púberes antes de liberar “la liebre enfebrecida del instinto” (70). La segunda es aún más transgresora: el deseo no sólo es recíproco (Martínez-Zalce, 2012: 120)³ sino fue consumado por lo menos una vez.

¹ Todas las citas de la novela están tomadas de esta fuente. En las siguientes sólo incluiré el número de la página correspondiente.

² Los lectores están a merced de la selección efectuada por la voz narradora y sólo tienen acceso a los episodios relatados por Mercader. La elección de la autora, en cuanto a desarrollar la trama a través de un punto de vista único, tendría como objetivo explorar en un mismo personaje las múltiples caras del deseo y de la identidad.

³ “Para que dos se condenen basta una mirada” es el enunciado con el que abre el capítulo XII, el inmediato posterior al ambiguo episodio de la ducha en la que Mercader ve a su hija desnuda. Ese brevísimos apartado junto con la enigmática llamada telefónica de Violeta al finalizar la novela (“¿Por qué me reemplazaste? [...] Voy en camino... Espérame” (131)) permite aventurar la complicidad, la existencia de un deseo compartido y que la joven reprime disfrazando la violación (“Era Isabel. Violeta la había llamado con urgencia. Le había dicho que estaba herida” (69)). Después, distanciándose física e incluso afectivamente al irse a estudiar a Inglaterra.

La ambigüedad de este relato yace tanto en el acto del *voyeur* que motiva la aparición de las “flexibles niñas de tiernos doce años” (43) como en la descripción de quien satisface físicamente su deseo.⁴ La ruptura de la forma prosística a través de la cual el narrador admite el deseo por su hija es antecedida por su confesión: “Sólo esta vez, antes de que mis labios se conviertan en ceniza, me atreveré a decirlo” (64). Los versos con los que cierra este capítulo favorecen la incertidumbre sobre qué ocurrió esa tarde: ¿el padre se limitó a ver cómo gozaba la adolescente cuando bajo la ducha recibe “la arremetida amorosa del agua”? O ¿el padre habrá violado ese “cuerpo dulce y frutal”, “Súbitamente desgarrado. Derramándose/ en gotas violentas que salpicaban de púrpura/ la blancura de la tina” (66)? ¿El filón-abertura es el intersticio a través del cual ve “un cuerpo albeante dejándose profanar”? O ¿no será acaso la vulva a través de la cual es penetrado? ¿La sangre proviene de la menstruación o de la ruptura del himen? Lo sabe Julián Mercader: “Los dioses son crueles: sólo para nuestro mal nos hacen conocer el Paraíso” (103).

Si siguiéramos los planteamientos de Roland Barthes, el texto de placer “contenta, colma, da euforia; proviene de la cultura, no rompe con ella y está ligado a una práctica *confortable* de la lectura.” (1984: 25) [las cursivas pertenecen al original de Barthes]. *Las violetas son flores del deseo*, en cambio, generan un abanico de incomodidades y paradojas tanto de naturaleza diegética como extratextual. Plantea cómo las pulsiones de vida y de muerte anidan por igual en los objetos del deseo, los cuales pueden ir a contrapelo de las representaciones éticas y culturales. El narrador se obsesiona por su pasión incestuosa pero esto no impide que experimente su sexualidad con una mujer de su edad como Helena o

⁴ Pero si el objeto saciante no tiene existencia en la realidad sino en una imagen, entonces es imposible colmar el deseo y mucho menos ponerle fin. Violeta condensaría a otras adolescentes –reales e imaginadas– como lo fueron Susana Garmendia y la Violeta original, a la cual Mercader sólo conoció a través de una fotografía de su esposa Helena.

con otra más madura como Clara; que pueda elegir a alguien de carne y hueso o a un sucedáneo de vinil; que conozca “el placer de Clara que alguna vez Klaus había gozado” (97-98) y así intente descifrar el atractivo que este guapo alemán ejercía tanto entre el sexo masculino como entre el femenino; es capaz de agredir a sus muñecas o sentirse frágil e inerte como cualquiera de ellas; penetrar con saña a la dúctil y plástica Violeta, gozar con “un dulce ángel asexual” o disfrutar de “la esencia delicadamente masculina” de Narciso, de la “Desnombrada” y fantasear con ser abierto de piernas y recibir un “deseo frontal”; crear muñecas o ser una de ellas, una Violeta más con el rostro maquillado; puede hendir, abrir y hacer sangrar y al mismo tiempo ansiar en convertirse “en un ser fracturado y vulnerable [...] una herida lamentable y doliente” (113) como la “sonrisa con secretos” y “la herida pródiga” de Naty, la niña que se percibe rota.

En suma, esta novela de Ana Clavel no se conforma con tocar el tabú del incesto para abordar la condición polimórfica del deseo. A través de una voz masculina, abunda sobre la rajadura, el corte, la desgarradura de los cuerpos femeninos como enigma seductor. Razón por la cual Julián Mercader, envuelto por “los ojos iridiscentes de una [muñeca] pelirroja”, le confía al lector: “No sabía por qué pero me sentí seguro junto al universo perfecto de su cuerpo cerrado y sin cicatriz alguna” (23).

Obras citadas

Barthes, Roland. 1982. *El placer del texto seguido por Lección inaugural de la cátedra de semiología lingüística del Collège de France*. México: Siglo XXI.

Clavel, Ana. 2007. *Las violetas son flores del deseo*. México: Alfaguara.

------. 2008. *A la sombra de los deseos en flor*. México: UACM.

Freud, Sigmund. 1972. *Introducción al narcisismo en Obras Completas*. Vol. VI. Madrid: Biblioteca Nueva.

Martínez-Zalce, Graciela. 2012. “La apropiación y sus formas: Las violetas de Ana Clavel” en pp. 107-121. Miguel Rodríguez Lozano (ed.). *Nada es lo que parece: Estudios sobre la novela mexicana, 2000-2009*. México: UNAM.

Plaza Morales, Natalia. 2011. “Las violetas son flores del deseo de Ana Clavel” en *Cuadernos del Ateneo*. No. 19, junio. <http://www.ateneodelalaguna.es/pdf/ATENEO29/lasvioletas.pdf> Fecha de acceso: octubre 2012.